www.elboomeran.com

James Joyce

Stephen Hero

prólogo y traducción
del inglés de
Diego Garrido

2022
firmamento

www.elboomeran.com

PRÓLOGO

La noche del 2 de febrero de 1904, James y su hermano Stanislaus rebautizan a sus familiares y conocidos en la cocina de su casa, mientras los otros duermen. Con nombres «que se ajustan a su naturaleza o sugieren su origen». Así, James es Stephen *snob*; su padre, un hombre melancólico, *suspiro* Simon; la hermana —suma de las seis que de verdad existen—, *imbécil* Isabel; el propio Stanislaus, caro a las palabras, *malhumor* Maurice. James va a escribir su *Inferno*. «Un libro donde nos expondrá a todos, y también al país. Donde todos serán estúpidos menos James Joyce. James Joyce Juez del Juicio Final».

La empresa le llevará diez años. Joyce tiene veintidós; es un poeta romántico que de vez en cuando escribe una pequeña prosa, una *epifanía*. Las epifanías no tienen un protagonista, son manifestaciones espirituales breves y muchas veces anónimas. Sus poemas ya no le gustan: le resultan cursis y femeninos. También ha escrito un ensayo autobiográfico donde ha comparado su espíritu con una flor que germina, y lo ha titulado *Retrato del artista*. No tiene nombres propios ni personajes, pero en él se insinúan injurias. Lo ha llevado a la revista *Dana* y allí lo han rechazado. Afortunadamente, pues lo piensa convertir en una novela. Una de sesenta

www.elboomeran.com

y tres capítulos y trescientas mil palabras, que es la longitud de *Ana Karenina*. Stanislaus, que odia a los amigos de su hermano y odia a su padre, está secretamente entusiasmado. Por fin va a tener su revancha.

Joyce empieza a escribir *Stephen Hero* en febrero, «como todas las cosas que empieza, enfadado». Y a pesar de los muchos tropiezos avanza rápido. El libro (titulado en mofa de la balada inglesa *Turpin Hero*) se inicia con el nacimiento del héroe, y acabará probablemente con la escritura de la obra, que lo justifica; será una especie de círculo. La infancia del niño es más o menos feliz y muy piadosa, y está llena de descubrimientos. Stephen es un niño alegre, raro y tímido. Pronto siente el fervor religioso, encarnado en la figura de su madre y de la Virgen María. A ellas se entrega. Sus días transcurren entre la playa de Bray, los bosques de Malahide y las calles de Dublín. También entre los muros del Castillo jesuítico de Clongowes Wood, donde la Orden lo educa. Pronto descubre que esa rigidez mental y esas formas severas no van con él: su fervor religioso es el de un místico, y no pasa antes por la razón. La historia de San Francisco lo conmueve. Cambia los lujos y la altivez de la Orden por la humildad del *Poverello*. Lee mucho, y ahora escribe también; es el primero de su clase gracias a sus ensayos semanales sobre temas varios. De Clongowes Wood ha pasado a Belvedere, y así las alegrías de la infancia han terminado. Llegan las dudas y los primeros e inexplicables malestares. Las primeras rebeldías. ¿Por qué detrás de la Virgen, que es una cosa tan buena y tan pura, tan sencilla, existe todo este aparato extravagante? ¿Por qué la gente tiene ese miedo a expresarse, a

www.elboomeran.com

mostrar sus muchas y ricas emociones? ¿Qué le ocurre al país, que parece enfermo? A esto sigue el descubrimiento del amor y del pecado. Stephen no sustituye a la Virgen por las prostitutas: la reencarna en ellas. Se enamora, pero le sorprende que ella no sea un negativo de su espíritu, una pieza de puzle que busca ser encajada. Y esto le lleva a la misoginia y el desencanto. Sus amigos y familiares tampoco lo entienden, o no como él espera; le sorprende que tengan una vida más allá de sí mismo, que no dediquen todos y cada uno de sus pensamientos a entenderlo e interpretarlo. Está convencido de que es especial, el más especial entre los hombres, como otros antes que él, pero no sabe decir por qué. Siente tormentas y fuegos y esto le provoca placer y dolor. Decide que la soledad es el estado natural de su espíritu, y antes que resignarse, se entusiasma. Empieza a leer autores prohibidos y tiene su primera comunión con otro ser humano, a través de las palabras. Duda de casi todo. Solo una cosa permanece inmóvil. No es la familia; no es el amor o la amistad; no es el sentimiento patriótico, que le deja indiferente; es la fe, el sentimiento religioso, que poco a poco sufre un trasvase.

Stephen cambia su objeto de adoración: cambia al dios de los católicos por sí mismo. Cambia el catolicismo por la literatura. ¿Qué hacer de un alma, no existiendo ni Dios ni Cristo? Ovidio le da una respuesta: *Et ignotas animum dimittit in artes* —«Y lanzó su alma a las oscuras artes»—. La oscuridad del arte lo vuelve huraño, y acaba con toda esa alegría y sencillez del niño. Siente que a cada rato se tendrá que defender, justificar, que a cada rato alguien o algo intentará apartarlo de

www.elboomeran.com

su camino escogido. Asocia la literatura a la apostasía, al peligro y al eterno error. Se siente «el Protector del Cáliz», que una vez más deberá abrirse paso entre las ciegas huestes ciudadanas para proteger su tesoro de la Historia. No dará su brazo a torcer, por nada; no hará nada por nadie que no sea Stephen Daedalus. Agradece la llegada de este «egoísmo inerradicable» que ahora dirige su vida y a cultivarlo consagra los últimos años de su adolescencia.

Así llegan los dieciocho. Stephen empieza la universidad, un poco en contra de los deseos de su padre; da inicio al manuscrito que se ha conservado (las pocas páginas que Eileen, hermana de Joyce, consiguió salvar del fuego durante una escena familiar en Trieste). En la universidad, Stephen se va a dedicar a despreciar a sus compañeros y a combatir dialécticamente con todos ellos, a la manera de un Sócrates perverso. Tenemos al Nacionalista; tenemos al Humanista; tenemos al Pedante; tenemos al Vulgar; tenemos al Puritano; tenemos al Revolucionario. Tenemos el Orden familiar; tenemos el Orden social; tenemos el Orden religioso; tenemos el Orden artístico. Tenemos a la Mujer... Y al otro lado Stephen, James Joyce. El manuscrito empieza tarde y acaba pronto, con lo que habría sido el capítulo XXVI. Joyce está obsesionado, escribe muchísimo; le dice a su hermano: «Me parece que lo que impacta a la mayoría de la gente no es la extensión de la novela, sino la extraordinaria paciencia de su autor. Sería fácil para mí hacer novelas cortas, si así lo quisiera; pero solo un lento goteo será capaz de corroer la dura materia que yo pretendo corroer».

www.elboomeran.com

La noche del 2 de febrero de 1904 queda lejos; Joyce arrastra *Stephen Hero* por Europa —por Dublín, por Zúrich, por Pola, por Trieste, por Roma—, engordándolo en los huecos de su trabajo como profesor de inglés; en clase, en casa, en los cafés, sin un plan definido. Al fin, comprende, se le ha ido de las manos. Lleva más de mil páginas manuscritas y no sabe adónde van; ni a su mujer ni a su hermano le importan ya. Mientras, termina una colección de cuentos breves y perfectos que parecen escritos por otra persona. Joyce ha cumplido los veintiséis cuando abandona *Stephen Hero* para iniciar la lenta transformación del manuscrito en el *Retrato del artista adolescente*. Acabará con treintaidós. Entonces siente que no lo ha dicho todo. Que no ha cumplido su promesa. Se sienta a escribir ese *Inferno* anunciado, esa gran venganza de su odiado país. Pero el odio también se enfría...

Diego Garrido,
Madrid, enero de 2022

www.elboomeran.com

STEPHEN HERO

www.elboomeran.com

[*El manuscrito empieza aquí*]

... cualquiera que le hablara, mezclaba una educada incredulidad en su expectación. Su grueso pelo castaño estaba peinado por encima de su frente, pero sin mayor cuidado. Una chica podría o no haberlo llamado guapo: el rostro era de rasgos proporcionados, y la expresión en él se veía suavizada, acercándose casi a la belleza, por una pequeña boca femenina. En un vistazo general del rostro los ojos no destacaban: eran dos pequeños óvalos color azul cielo que actuaban como puerta de entrada. Eran límpidos y osados, pero, a pesar de esto, el rostro general era hasta cierto punto el rostro de un perdido.

El Rector de la universidad era un hombre taciturno que ocupaba la presidencia en las reuniones y las sesiones inaugurales de sociedades. Sus lugartenientes más visibles eran un Decano y un Tesorero. El aspecto del Tesorero, pensaba Stephen, iba bien con su título: un hombre florido y pesado con una densa cabellera cana. Ejecutaba sus deberes con auténtica devoción, y era posible verlo a menudo vigilando la entrada y salida de sus estudiantes desde el vestíbulo. Insistía en la puntualidad; un minuto o dos, una o dos veces... eso no le importaba; daba una palmadita y hacía un amable reproche. Eran esos pocos minutos perdidos, día tras día, lo que acentuaba su severidad: esa pérdida de tiem-

www.elboomeran.com

po entorpecía el buen funcionamiento de las clases. Stephen llegaba prácticamente todos los días con un cuarto de hora o más de retraso, y cuando lo hacía el Tesorero había regresado ya a su despacho. Una mañana, sin embargo, llegó a la universidad antes de lo habitual. Un estudiante joven y gordo subía los escalones delante de él, un joven tímido y trabajador con un rostro morado mermelada. El Tesorero estaba de pie en el vestíbulo con los brazos cruzados sobre el pecho, y cuando vio al rollizo estudiante redirigió su mirada significativamente hacia el reloj. Eran las once y ocho minutos.

—Agh, Moloney, así no. ¡Ocho minutos tarde! Incordiar así a toda una clase... No podemos permitir este tipo de cosas aquí, lo sabe bien. A en punto todas las mañanas... en lo sucesivo.

El rostro mermelada de Moloney se fue oscureciendo a medida que erraba excusas sobre algún reloj que no funcionaba; después de esto, el alumno voló escaleras arriba hacia su clase. Stephen se demoró colgando su abrigo mientras el pesado cura lo analizaba. Luego volvió la cara con calma hacia el Tesorero y dijo:

—Hermosa mañana, señor.

El Tesorero dio su palmada, se frotó las manos y volvió a darla. La hermosura de la mañana y la pertinencia del comentario lo impresionaron, y respondió alegremente:

—¡Hermosa! ¡Hermosa, ya lo creo! —y frotó sus manos de nuevo.

Una mañana Stephen llegó tres cuartos de hora tarde, y pensó que el plan más adecuado sería esperar a que comenzara la clase de francés. Mientras se inclina-

www.elboomeran.com

ba sobre la barandilla, esperando la campanada de las doce, un joven empezó a subir lentamente la escalera de caracol. A unos pasos del rellano se detuvo y volvió hacia Stephen una cara cuadrada de aspecto rústico.

—¿Es por aquí, por favor, la oficina de matrículas? —preguntó con el acento de quien habla también el irlandés, acentuando la primera sílaba de «matrículas».

Stephen lo acompañó y los dos jóvenes empezaron a charlar. El nuevo estudiante se llamaba Madden, y venía del condado de Limerick. Sus maneras, sin ser desconfiadas, tenían algo de temor o cautela, y las atenciones de Stephen parecían bien recibidas. Después de la clase de francés ambos recorrieron juntos el parque, y Stephen llevó al recién llegado a la Biblioteca Nacional. Madden se quitó el sombrero junto al torniquete de la entrada; mientras se inclinaba sobre el mostrador para rellenar su solicitud, Stephen pudo advertir la campestre firmeza de sus mandíbulas.

El Decano de la universidad era también profesor de inglés: el padre Butt. Era considerado el hombre más capaz de todo el lugar: era un filósofo y un erudito. Leía todo tipo de tesis en cierto local anti-alcohol para demostrar que Shakespeare era en verdad un católico romano —también había escrito contra otro jesuita que, en sus últimos años de vida, se había convertido a la teoría baconiana, esto es: la de la falsa autoría—. El padre Butt siempre tenía las manos llenas de papeles y la sotana sucia de tiza blanca. Tenía el aspecto de un galgo viejo, y sus cuerdas vocales, como sus vestidos, parecían sucias de tiza. Tenía unos modales correctos con todos y era particularmente

www.elboomeran.com

[*Faltan dos páginas*]

del verso son las primeras condiciones a que deben someterse las palabras; el ritmo es el resultado estético de los sentidos, valores y relaciones de las palabras así condicionadas. La belleza de los versos consistía tanto en la ocultación como en la revelación de su construcción, pero ciertamente no podía proceder de una sola de estas cosas. Era por esta razón que no soportaba la dicción poética del padre Butt, semejante a la dicción de la colegiala. Los versos, si se quería respetar su ritmo, debían ser leídos según sus acentos; esto es, ni ateniéndose exclusivamente a los pies ni desatendiéndolos por completo. Toda esta teoría fue así explicada a Maurice, y Maurice, una vez hubo comprendido el significado de los términos y ligado cuidadosamente sus significados, admitió la teoría de Stephen como la correcta. Solo había una forma de interpretar el primer cuarteto del poema de Byron:

Mis días tornan castaños,
sus flores y frutos marchitan;
dolor y llaga los años
deste mi lado crepitan.

Los dos hermanos aplicaron esta teoría sobre todos los versos que pudieron recordar, logrando maravillosos resultados. Pronto Stephen comenzó a explorar el lenguaje por sí mismo y a elegir —rescatándolas así de una vez por todas— las frases y palabras que mejor abrazaban su teoría. Con una estudiada malicia, se convirtió en poeta.

www.elboomeran.com

Enseguida cayó cautivado por las excentricidades en prosa de Freeman y William Morris. Leyó estas como quien lee el diccionario, y llenó su taller de palabras. Leía hasta altas horas el *Diccionario etimológico* de Skeat, y su espíritu, que desde el principio se había sentido inclinado a la infantil seducción de la maravilla, quedaba hipnotizado ahora por la conversación más vulgar. La gente le parecía extrañamente ignorante del valor de las palabras que utilizaba con tamaño descuido. Poco a poco, a medida que esta indignidad de la vida se imponía sobre su espíritu, comenzó a fantasear con una tradición más verdadera e idealizante, más auténticamente humana. Le parecía este un fenómeno grave: pronto empezó a descubrir que esta gente había unido fuerzas en una conspiración de la ignorancia, y que el Destino, sarcástico, había reducido para ellos el premio que una vez les tuvo reservados. Él no deseaba para sí mismo tal rebaja, y prefería servir al Destino en los antiguos términos.

Había una clase dedicada en exclusiva a la composición, y fue allí donde Stephen se hizo un nombre por primera vez. La composición de inglés era para él el trabajo más serio de la semana. Su composición era por lo general bastante extensa, y el profesor, que era editorialista del *Freeman's Journal*, siempre la reservaba para el final. El estilo de Stephen, aunque aficionado a lo antiguo e incluso a lo caduco y con una excesiva facilidad para la retórica, era notable por cierta cruda originalidad de la expresión. No se molestó demasiado en sostener las osadías y atrevimientos de sus ensayos. Los lanzaba como fortificaciones repentinas al tiempo que

www.elboomeran.com

se atareaba en la construcción de un enigma superior: el enigma de un estilo. Pues el joven empezaba a entrever otra crisis, y deseaba prepararse para su choque. En virtud de tales maniobras, empezó a ser visto como un joven desequilibrado que tomaba más tiempo del habitual en cavilar teorías que eran bien vistas únicamente como pasatiempos. El padre Butt, a quien se había informado debidamente del surgimiento de estas inusuales habilidades en su alumno, habló un día con Stephen con el propósito de «sondearlo». El padre Butt expresó su gran admiración por las composiciones de Stephen, todas las cuales, dijo, habían llegado hasta sus manos gracias a otro atento profesor. Animó al joven y le dijo que en poco tiempo podría, quizá, contribuir con alguna de sus prosas a los periódicos o revistas de Dublín. Stephen encontró este estímulo bondadoso en sus intenciones, pero equivocado en su conjunto, y se lanzó a una ardorosa explicación de sus teorías. El padre Butt las escuchó con atención y admitió su validez con mayor premura que Maurice. Stephen expuso su doctrina con gran seguridad, e insistió en la importancia de lo que él llamaba la tradición literaria. «Las palabras —dijo— tienen su valor en la tradición y su valor en la plaza: un valor envilecido. Las palabras son simples receptáculos del pensamiento humano. En la tradición literaria reciben pensamientos más valiosos que en la plaza». El padre Butt escuchaba todo esto, restregando su mano calcárea sobre su barbilla y asintiendo una y otra vez con la cabeza; dijo que Stephen comprendía bien la importancia de la tradición. Stephen citó una frase de Newman para ilustrar su teoría.

www.elboomeran.com

—En esta frase de Newman —dijo— la palabra es utilizada de acuerdo a la tradición literaria: allí encuentra su pleno valor. En el uso ordinario, esto es, en el mercado, en la plaza pública, tiene un valor diferente, uno envilecido, degradado. —Hizo una pausa—. Espero no *detenerlo* a usted.

—Oh, no, de ninguna manera.

—No. No...

—Sí... Sr. Daedalus, sí... Lo entiendo. *Detener*...[1]

A la mañana siguiente, el padre Butt correspondió a Stephen con otra charla. Era una mañana cruda y fría. Cuando Stephen, que había llegado tarde a su clase de latín, entró en el aula de física, descubrió al padre Butt arrodillado sobre la piedra de la chimenea, tratando de encender un fuego. Hacía pequeñas pelotas con el papel y las disponía entre las brasas y la leña. Sin interrupción, comentaba las operaciones a medida que las iba realizando; en un momento de aprieto, sacó de los profundos bolsillos de su sotana sucia tres cabos de vela, los dispuso estratégicamente entre los huecos y miró a Stephen con un aire de triunfo. Acercó una cerilla a las distintas colas de papel asomadas entre la leña y a los pocos segundos el fuego prendió.

—Hay todo un arte, Sr. Daedalus, en encender un fuego.

—Ya lo veo, señor. Un arte muy útil.

1 *To detain* significa, igual que en español, «detener» y «arrestar». El Libro de los Jueces (13:16) dice: «Y el ángel de Jehová respondió a Manoa: *Aunque me detengas, no comeré de tu pan; mas si quieres hacer el holocausto, ofrécelo a Jehová*. Y no sabía Manoa que aquél fuese un ángel de Jehová». (*Todas las notas son del Traductor).*

www.elboomeran.com

—Eso es: un arte útil. Tenemos las artes útiles y tenemos las artes liberales.

Después de lanzar esta sentencia, el padre Butt se levantó para ir a atender algún otro asunto, dejando a Stephen al cuidado de las brasas. Stephen cavilaba sobre los cabos de vela y sobre el repentino reproche del cura cuando llegó la hora de empezar su clase.

No veía una solución inmediata al problema, pero sabía que su parte artística no presentaba mayores dificultades. Al leer *Noche de reyes*, el padre Butt omitió dos canciones del bufón sin decir nada, y cuando Stephen, decidido a forzar su atención sobre ellas, preguntó si había que aprenderlas de memoria o no, el padre Butt respondió que no parecía probable que el programa de estudios centrase allí sus exigencias.

—El bufón canta estas canciones para el duque. Era una costumbre de la época entre los hombres nobles el tener bufones que les cantasen... por diversión.

Otelo fue tomado más en serio, y la atención de la clase fue dirigida sobre el aspecto moral de la obra: un ejemplo práctico sobre la pasión de los celos. «Shakespeare —dijo el padre— ha sondeado las profundidades del alma humana: sus obras nos muestran a nosotros, hombres y mujeres, bajo el efecto de las distintas pasiones, y nos muestran su resultado moral. Vemos el conflicto de tales pasiones y nuestras propias pasiones humanas se ven purificadas por el espectáculo. Cada drama de Shakespeare tiene su fuerza moral específica, y *Otelo* es una de sus mejores tragedias». Stephen se esforzó por oír todo esto sin decir una palabra. Al mismo tiempo le divirtió saber que el Rector había prohibido

www.elboomeran.com

a dos alumnos asistir a una representación de *Otelo* en el Teatro Gaiety por su alto contenido en «expresiones desafortunadas».

El monstruo en Stephen comenzaba a rebelarse, y ante la más mínima provocación reaccionaba con violencia. Los hechos cotidianos se clavaban en su espíritu como aguijones; el intelecto tenía grandes problemas para mantener al monstruo dentro de los propios límites. Aquel lejano episodio de fervor religioso, que se veía reducido hoy a un mero recuerdo, resultó entonces muy útil por su aprendizaje del autodominio. Además de esto, Stephen fue lo suficientemente rápido como para darse cuenta de que debía desentrañar sus asuntos en secreto: la reserva era para él la más grácil de las penitencias. Su rechazo del escándalo, su negativa a mostrar una descortés curiosidad por los otros, le ayudó en su verdadera denuncia, no sin permitirle al tiempo degustar las mieles de lo heroico. Ya bajo la posesión de aquel acceso febril de santidad había encontrado —pero rechazado por su piedad— grandes fuerzas de desencanto. Estos choques lo habían sacado de sus entusiasmados vuelos para conducirlo con violencia a la íntima vergüenza de su interior: lo único que habían logrado sus ejercicios de devoción había sido amansarlo. Necesitaba con urgencia esta pequeña retirada del mundo, pues el contacto con su nuevo ambiente le provocaba dolor. Apenas hablaba con sus compañeros, y cumplía con sus deberes de estudiante sin esfuerzos y en silencio. Cada mañana se levantaba y bajaba a desayunar. Después del desayuno tomaba el tranvía a la ciudad, sentado en el asiento delantero y con la cara al vien-

www.elboomeran.com

to. En Amiens St dejaba el tranvía, no en el Pilar, pues le gustaba participar de la vida matutina de la ciudad. Este paseo de mañana era para él una fuente de placer; no había rostro en el camino que, en su trayecto diario a la prisión comercial, no fuese escrutado hasta el mismo centro motor de su fealdad. Era siempre con un oscuro sentimiento de disgusto que cruzaba Stephen's Green y descubría a lo lejos el lúgubre edificio de la universidad.

Mientras caminaba así por los caminos de la ciudad, abría atento ojos y oídos, dispuesto a captar impresiones. No fue solo en Skeat que encontró palabras para su tesoro privado: las encontraba también en el azar de las tiendas, en el azar de los anuncios, de los labios de los peatones laboriosos. Estaba dispuesto a luchar con toda la energía de su alma y de su cuerpo contra toda posible entrega a lo que consideraba ahora como el infierno de los infiernos —la región, expresado de otro modo, donde todo resulta ser obvio—; y el santo que en otros tiempos fue avaro de lenguaje en obediencia a un mandato de silencio podía reconocerse ahora en el artista que se aleccionaba para el silencio, no fuese a ser que las palabras le devolvieran su descortesía. Frases rompían como olas en su espíritu exigiendo ser explicadas. Se decía a sí mismo: «debo esperar mi Eucaristía»: y entonces se esforzaba por traducirlo al idioma del sentido común. Pasaba días y noches martillando ruidosamente una casa de silencio en la cual pudiera esperar su Eucaristía, días y noches reuniendo los primeros frutos y ofrendas de su arte y agrupándolos en su altar donde rezaba estruendosamente por el descenso de la aceptación. En clase, en la acallada biblioteca, en compañía de

www.elboomeran.com

otros estudiantes, de pronto oía un mandato de marcharse, de estar solo, una voz que agitaba el tímpano de su oído, una chispa divina de vida cerebral. Él obedecería el mandato, recorrería solo las calles, el fervor de su esperanza sostenido por exclamaciones de pasión, hasta el momento de sentir la inoperancia de seguir vagando: y entonces volvería a casa, con un paso deliberado, inflexible, juntando frases y palabras sin sentido aparente con una inflexible, deliberada seriedad.